



Discurso de Gemma Lienas en el acto de entrega del Premio CEDRO 2024

Madrid, 26 de abril de 2024

Amiga Carme Riera, presidenta de CEDRO, autoridades, señoras, señores, amigas y amigos... Veo aquí a muchas personas amigas como Jordi Martí Grau, secretario de Estado de Cultura; Isabel García, directora del Instituto de las Mujeres; Daniel Fernández, director de la Biblioteca Nacional de España. En fin, no puedo nombrarlos a todos, pero estoy feliz de que podáis acompañarnos. Buenos días.

Cuando me di de alta en CEDRO hace muchos años, no podía siquiera sospechar que un día premiarían mi labor. Para mí es emocionante y un honor recibir este premio de CEDRO.

Quiero agradecer a esta entidad, y a los autores y editores que la forman, no solo este reconocimiento sino sobre todo su tremenda y constante labor en favor de la propiedad intelectual y de los derechos de autoría.

Y muy especialmente quiero tener un cálido recuerdo para un grupo de escritoras y escritores catalanes, actualmente cobijados bajo el paraguas de la Asociación Colegial de Escritores de Catalunya, con los que trabajé durante años en la defensa de nuestros derechos. Con su ayuda, preparé una interpelación al conseller de Cultura de aquel momento —Santi Vila— en el Parlamento catalán y elaboré una iniciativa parlamentaria para exigir que creadores y creadoras pudiéramos dedicarnos a escribir y tener una vida digna a partir de nuestro trabajo, y también para reclamar consideración y respeto al libro, cuya existencia empezábamos a ver amenazada, como en *Fahrenheit 451*.

Seguro que la mayoría de ustedes recordarán *Fahrenheit 451*, una novela distópica escrita por Ray Bradbury en 1953 y situada en 2010. El título hace referencia a la temperatura —expresada en grados Fahrenheit— a la que los libros arden. La historia nos habla de un mundo en el que los libros ya no interesan a nadie salvo a unas pocas personas consideradas extrañas e indignas de vivir en una sociedad tecnificada; un mundo en el que los bomberos ya no apagan fuegos, sino que incineran las bibliotecas que todavía conservan esos raros individuos. Si ustedes revisitan la novela, se estremecerán porque, desgraciadamente, ya no representa una distopía, sino que está cerca de lo que nos está ocurriendo. En *Fahrenheit 451*, la gente no habla ni escucha, sólo interactúa constantemente con una pantalla; los planes de estudio hace tiempo que han prescindido de la historia y la filosofía; poco a poco, la lengua y la gramática se han ido abandonando; los periódicos ya no existen...

¿Les suena? Desgraciadamente, se parece mucho a nuestra realidad. Y Bradbury la resume perfectamente en esta frase: "No hubo órdenes, ni declaraciones,

ni censura. La tecnología, la explotación en masa y la presión de las minorías provocó esta situación".

Es decir, no hace falta prohibir la lectura solo es preciso conseguir que la gente deje de leer. Y, sin embargo, para mí es indispensable leer.

Cuando yo tenía diez años y no era creadora de historias, pero sí lectora compulsiva, me maravillaba lo que debía ser la idea inicial del proceso creativo. La idea inicial, ese destello mental a partir del que todo empieza. Un destello que se une a otros destellos para formar una constelación que es el embrión de una novela.

A los diez años, leyendo yo entraba en trance, como hipnotizada. Y, de la mano de Selma Lagerlof, viajaba a través de Suecia sobre el lomo de un ganso acompañando a Nils Holguerson. Y sufría con Emilio —el de Emilio y los detectives—, que se dormía en el tren que lo llevaba a Berlín y se dejaba robar el sobre con dinero que le había cosido su madre en el forro de la chaqueta. Y me comía las bolas de grosella y las tartas de jengibre con el mismo deleite que Guillermo Brown, escondida en el cobertizo del fondo del jardín.

No fue hasta que, de adulta, me topé con libros de neurociencias que descubrí que esa capacidad para generar nuevas ideas y para generar nuevas asociaciones entre conceptos distintos tiene mucho que ver con la función de nuestro cerebro inconsciente. Y que esa capacidad para que un autor nos meta en la piel de madame Bovary o en la del lazarillo de Tormes reside, por supuesto, en su talento a la hora de mostrar y no solo decir las cosas —el famoso “show don’t tell” — pero también en la pericia de nuestras neuronas espejo.

Lo que está claro es que la creación literaria es un producto inmaterial de nuestro cerebro. Un bien inmaterial que requiere tanta o más protección que cualquier bien material que atesoremos. ¿Por qué iba a ser más grave robar un reloj Patek Philippe que el argumento de *El Quijote*? ¿Y por qué nadie cuestiona que deba pagarse un medicamento que ha sido registrado mediante una patente y, sin embargo, mucha gente se permite descargar un libro sin pagar los derechos de autor correspondientes?

Tal vez las personas que infringen los derechos de propiedad intelectual no son conscientes de lo que están haciendo. Tal vez deberían conocer los derechos morales y patrimoniales de los creadores.

Recuerdo un artículo de Francisco Peregil publicado en *El País* en 2017 con motivo de la muerte de Juan Goytisolo. El articulista dejaba patente la precariedad en la que vivía este escritor, autor de más de 50 obras: se hacía eco de su depresión porque apenas tenía medios de subsistencia y porque no se sentía capaz de acometer una nueva obra y porque se veía imposibilitado para pagar los estudios de sus ahijados. El artículo, además, transcribía un fragmento del discurso de Goytisolo al recibir el premio Cervantes. Y no resulta fortuito que se refiriera a la penuria en la vida de Cervantes. Dice así: “¿Cuántos lectores del Quijote conocen las estrecheces



y miseria que padeció, su denegada solicitud de emigrar a América, sus negocios fracasados, estancia en la cárcel sevillana por deudas, difícil acomodo en el barrio malfamado del Rastro de Valladolid con su esposa, hija, hermana y sobrina en 1605, año de la Primera Parte de su novela, en los márgenes más promiscuos y bajos de la sociedad?”.

Estoy convencida de que, si los lectores —esos para quienes leer es la libertad, como lo es para mí— conocieran la singularidad del proceso creativo y averiguaran de qué viven los creadores, serían más respetuosos con la propiedad intelectual.

Dirán ustedes que hay otras muchas personas a las que todavía tenemos que convencer de las bondades del libro y la lectura. Y les daré la razón, por supuesto; ya hemos quedado hace un momento que estamos viviendo nuestro particular *Fahrenheit 451*. Pero, si queremos vivir en una sociedad con criterio intelectual, no tenemos otra alternativa que apagar a ratos las pantallas y estimular a la ciudadanía para que lea. Regresando a las ciencias del cerebro, y en palabras del neurocientífico Michel Desmurget: “Nuestros hijos son cada vez más 'imbéciles' a causa del consumo digital”. Y sigue insistiendo en que en los últimos 50 años la velocidad de lectura se ha reducido considerablemente, los problemas de comprensión lectora han aumentado y nuestra inteligencia cognitiva y emocional está menguando.

Y terminaré con dos solicitudes.

La primera: aprovechando que tenemos a representantes del ministerio de cultura, les pediré que pongan todo su énfasis en el proyecto de ley de la Oficina Española de Derechos de autor que dejó a punto el ministro Miquel Iceta.

La segunda: a CEDRO, para que nunca, nunca abandone su misión.

Muchas gracias.